





# 99 ATAÚDES



*Un relato histórico de vampiros*

# 99 ATAUDES

DAVID WELLINGTON

minotauro

Título original:  
*99 Coffins*

Primera edición: mayo de 2010

© David Wellington, 2007  
© de la traducción, Carles Andreu Saburit y María Riera Velasco, 2010  
© Editorial Planeta, S. A., 2010  
Avda. Diagonal, 662-664, 7.ª planta. 08034 Barcelona  
[www.scyla.com](http://www.scyla.com)

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-450-7777-1  
Depósito legal: M. 18.094-2010

Fotocomposición: Abogal, S.C.P.  
Impresión y encuadernación: Brosmac, S. L.

Impreso en España  
*Printed in Spain*

*Para Alex*





Es más vieja que las rocas entre  
las que se alza;  
como el vampiro, ha muerto  
muchas veces,  
y ha descubierto los secretos  
de la tumba.

Walter Pater, *El Renacimiento*

**CHESS**



# 1

«Cinco mil hombres murieron o resultaron heridos en este ancho valle», se dijo Montrose. Debió de ser una escena infernal: los heridos esparcidos entre los cadáveres, un cañón aún disparando desde lo alto de una colina, apuntando a la cima de otra, el relinchar de los caballos, el humo, la desesperación absoluta. Aquél era el lugar donde el país habría podido desmoronarse; y, sin embargo, ese lugar lo había salvado de la ruina total.

Aunque todo aquello había sucedido hacía un siglo y medio. Ahora, al contemplar el campo de batalla de Gettysburg cubierto por el rocío, Montrose tan sólo atinaba a ver los árboles que brillaban bajo el viento que soplaba por entre dos colinas y agitaba la hierba, alta y verde. Hacía ya mucho tiempo que la sangre se había secado y todos los cuerpos habían sido trasladados para ser enterrados. En un rincón del campo, Montrose alcanzó a divisar las reproducciones escrupulosamente fieles de las tiendas de campaña de un grupo de recreadores históricos; no obstante, parecía que también ellos habían decidido dormir hasta tarde.

Montrose intentó despabilarse frotándose la cara. Había olvidado por tercera vez en aquella mañana que aún llevaba la raya de los ojos que se había pintado la noche anterior para salir de fiesta. Jeff Montrose no era un tipo de mañanas; prefería definirse como una criatura nocturna.

Aunque, por supuesto, si el profesor John Geistdoerfer te

llamaba un domingo a las seis de la mañana y te preguntaba si podías supervisar una excavación universitaria hasta que él llegara, fingías voz de despierto y te vestías en un periquete. El profesor era la eminencia más destacada en el campo de Estudios del Período de la Guerra Civil Estadounidense y una de las personalidades más influyentes de la Universidad de Gettysburg. Para un estudiante de posgrado como Montrose era imprescindible estar a buenas con él si algún día pretendía hacer carrera por su cuenta.

Y si además resultaba que la excavación en cuestión era algo especial... en fin, que incluso el ave más radicalmente nocturna podía hacer una excepción. Montrose bajó corriendo entre los árboles en dirección a la carretera y saludó al Buick del profesor, que avanzaba hacia él. El coche se detuvo en el arcén, en el lugar que le indicó Montrose.

Geistdoerfer era un hombre alto, tenía una espesa mata de pelo canoso y llevaba un bigote cuidadosamente peinado. Se apeó del vehículo y se puso en marcha sin pararse a escuchar lo que el estudiante tenía que decirle.

–En cuanto lo encontramos, lo llamé de inmediato –trató de explicarse Montrose sin dejar de perseguir al profesor–. Nadie ha bajado aún; me he asegurado de ello.

Geistdoerfer asintió con la cabeza, pero permaneció en silencio mientras ambos se dirigían con paso presuroso hacia el emplazamiento. Resiguió con los ojos la zanja principal, un hoyo irregular excavado por manos inexpertas. En el fondo, todavía medio enterrado bajo la tierra oscura, se adivinaba un suelo de tabloncillos de madera deteriorada. Los estudiantes que habían cavado el hoyo participaban en el proyecto tan sólo por los créditos que obtendrían a cambio y ninguno de ellos cursaba estudios específicos sobre la guerra civil estadounidense. Ahora estaban allí de pie, junto a la zanja, llevaban ropa de colores vivos y tenían pinta de estar o bien aburridos, o bien asustados. En las manos sujetaban las espátulas y las palas.

Geistdoerfer era un profesor popular, aunque podía ser muy severo a la hora de evaluar, por lo que ningún estudiante quería provocar su cólera.

Aquel emplazamiento estaba destinado al trabajo estudiantil porque se suponía que tan sólo suscitaría un interés pasajero para la historia. En su día había sido un polvorín, una angosta bodega subterránea donde los confederados almacenaban barriles de pólvora. Al finalizar la batalla, después de que los soldados se batieran precipitadamente en retirada, volaron el depósito para evitar que terminara en manos de las tropas victoriosas de la Unión. Geistdoerfer no esperaba encontrar nada interesante en la excavación, salvo tal vez algún fragmento de barril chamuscado y un puñado de balas minié de plomo blanqueadas idénticas a las que se podían comprar en cualquier tienda de suvenires de la ciudad.

Durante las primeras horas de excavación los alumnos no encontraron ni eso, pero de pronto las cosas empezaron a ponerse interesantes. Marcy Jackson, una estudiante de criminología, estaba excavando en el fondo de la zanja cuando, una hora antes de que Geistdoerfer llegara, salieron a la luz los tablones del suelo del depósito. Ahora Montrose le hizo un gesto a la estudiante para que se adelantara. La chica tenía las manos hundidas en los bolsillos.

—Marcy golpeó uno de los tablones del suelo con la espátula y le pareció que sonaba hueco. Como si debajo hubiera un espacio subterráneo —explicó Montrose—. Después dio un par de golpes a los tablones hasta que éstos cedieron. Debajo hay un espacio vacío, puede que bastante amplio.

Lo que significaba que el emplazamiento era seguramente algo más que un mero depósito de pólvora, aunque nadie sabía qué otro uso podría haber tenido.

—Sólo quería ver lo que había ahí abajo —dijo Jackson—. Se supone que debemos tener curiosidad, ¿no? Lo dijo usted en clase.

—Sí, es cierto —dijo Geistdoerfer al tiempo que la escruta-

ba-. Y también les dije, jovencita, que en una excavación se suele esperar, antes de destrozar nada, a que el profesor al cargo del emplazamiento le eche un vistazo. –Montrose vio cómo a Jackson le temblaban los hombros al tiempo que bajaba la mirada, pero el profesor permaneció impertérrito-. Aunque, teniendo en cuenta el resultado, esta vez lo pasaremos por alto. –añadió Geistdoerfer con una sonrisa afectuosa e incitante-. ¿Será tan amable de enseñarme lo que ha encontrado?

La estudiante se mordió el labio y se metió en la zanja; Geistdoerfer la siguió. Examinaron juntos el agujero que había en los tablones. El profesor llamó a Montrose, que aún estaba arriba, y le pidió que le llevara linternas y una escalera. Geistdoerfer bajó primero, seguido de Montrose y Jackson. Una vez en el fondo, alumbraron con las linternas aquí y allí, sin tener la menor idea de lo que iban a encontrar.

El depósito de pólvora estaba construido encima de una caverna natural, determinaron al cabo de poco. Había muchísimas por todo Pensilvania, aunque la mayoría de cavernas importantes se encontraban al norte de Gettysburg. Parecía que los confederados sabían de su existencia, pues en varios puntos había maderos que apuntalaban el techo, del cual asomaban afiladas estalactitas. Se apreciaba también que alguien había intentado nivelar el suelo. Las linternas apenas iluminaban la caverna, sumida en una oscuridad total, pero bastaban para dejar ver que no estaba vacía. Había una gran cantidad de objetos alargados y de poca altura apiñados en la penumbra, algo así como unos enormes cajones.

Jackson dirigió el haz de su linterna hacia una de las cajas y de pronto chilló como un ratón. Los dos hombres iluminaron la cara de la chica con sus linternas y Jackson parpadeó con gesto de irritación.

–Estoy bien. Es sólo que no esperaba encontrar un ataúd.

Montrose se agachó junto a la caja que Jackson había examinado y se dio cuenta de que estaba en lo cierto.

–Dios mío –susurró.

Al descubrir la caverna, Montrose había dado por sentado que contendría armamento viejo, o tal vez comestibles podridos desde hacía una eternidad y otros materiales. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza la idea de que pudiera tratarse de una cripta.

Empezó a temblar de entusiasmo. Todo arqueólogo, en el fondo, sueña con desenterrar antiguos yacimientos funerarios. Las puntas de flecha de sílex y las reliquias antiguas pueden suscitar interés, pero la motivación que en un primer momento empuja a dedicarse a la arqueología es el deseo de ser los descubridores del siguiente Tutankamón o de los próximos guerreros de terracota. Montrose enfocó con la linterna las otras cajas y vio que eran todas iguales: alargadas y de forma octagonal. Se trataba de ataúdes de madera lisa con sencillas tapas unidas a la base por bisagras oxidadas.

A Montrose se le agolpó en la cabeza un abanico de posibilidades. Dentro habría huesos, desde luego, y eso tenía un gran interés; pero quizá también encontrarían restos de ropa, o tal vez joyas de la época de la guerra civil estadounidense. ¡Habría tantas cosas que hacer, tendrían tanto trabajo de catalogación y descripción! Tendrían que trazar los gráficos de toda la caverna y dibujar los diagramas...

Pero perdió el hilo de su pensamiento cuando Jackson se acuclilló para levantar la tapa del ataúd más cercano.

–Eh, no... –gritó Montrose.

Pero Jackson ya lo había abierto.

–Jovencita... –dijo el profesor, pero entonces se detuvo y soltó un suspiro al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro.

Montrose se acercó para echar un vistazo. ¿Cómo podía resistirse?

En el interior del ataúd yacía un esqueleto en un estado de conservación casi perfecto. Tenía todos los huesos intactos,

aunque, curiosamente, estaban completamente despojados de carne. Incluso después de ciento cuarenta años, lo razonable era encontrar restos de cabello o piel seca, pero esos huesos estaban igual de limpios que las muestras de museo. Y, no obstante, lo más sorprendente de todo era que el cráneo estaba deformado. La mandíbula era más grande de lo que debería haber sido y poseía más dientes de lo normal. Muchísimos más dientes, y no había entre ellos ningún premolar ni ningún molar. Tan sólo había dientes triangulares de aspecto maligno, ligeramente translúcidos, como los de un tiburón. Montrose reconoció aquellos dientes, los había visto en algún sitio, pero era incapaz de ubicarlos.

Al parecer, Geistdoerfer tenía mejor memoria. Montrose notó cómo el profesor se quedaba paralizado.

–Señorita Jackson, ahora tendré que pedirle que nos deje a solas –dijo el profesor–. Este lugar ya no es apropiado para estudiantes. De hecho, señor Montrose, ¿sería tan amable de subir y mandar a todos los estudiantes a casa?

–Desde luego –respondió Montrose.

Condujo a Jackson hacia la escalera e hizo lo que el profesor le había pedido. Algunos de los estudiantes refunfuñaron y otros le hicieron preguntas a las que Montrose no supo responder. Les prometió a todos que iba a explicárselo todo en la siguiente clase. Cuando se hubieron marchado, Montrose descendió la escalera a toda prisa, desesperado por ponerse manos a la obra.

Pero lo que encontró en el fondo de la zanja no tenía ni pies ni cabeza. El profesor estaba de rodillas junto al ataúd y sujetaba algo en la palma de la mano, un objeto negro del tamaño de un puño. Con mucho cuidado, el profesor lo introdujo en el interior de la caja torácica del esqueleto y de pronto se echó hacia atrás con gesto de sorpresa.

Jeff iba a preguntarle qué sucedía, pero el profesor levantó una mano para pedirle silencio.



–Te agradecería que también te fueras a casa, Jeff. Me gustaría estar a solas con el hallazgo durante un rato.

–¿No necesita a alguien que lo ayude a catalogar todo esto?  
–preguntó Montrose.

Los ojos del profesor brillaban a la luz de su linterna. A Jeff le bastó con una sola mirada para adivinar la respuesta.

–Vale, entiendo –dijo el estudiante–. Lo veré luego, entonces.

Pero Geistdoerfer tenía de nuevo la mirada fija en el interior del ataúd y no pronunció ni una palabra.

*Vi al general Hancock por última vez en 1886, en Governors Island, en la bahía de Nueva York. Por aquel entonces se encontraba muy débil de salud y le habían descargado de sus funciones como comandante de la División Atlántico. Pasé varias horas esperando en la antesala de su oficina. Hacía frío y tan sólo había un pequeño horno con el que calentarme. Cuando llegó caminaba con mucha dificultad y dolor; sin embargo, me saludó con la misma efusividad de siempre.*

*Teníamos que tomar algunas decisiones acerca de una serie de asuntos, el último de los cuales fue qué hacer con el delgado fajo de documentos que había recopilado sobre mi trabajo en Gettysburg, en julio de 1863. «Yo creo que tendríamos que quemarlos», me dijo el general, sin ni siquiera mirarlos. Tenía los ojos fijos en mi rostro y una mirada penetrante y limpia, tal como la recordaba del tercer día de batalla. Por aquel entonces el dolor no había afectado aún su temible intelecto, ni tampoco su alma. «Estos documentos no tienen nada que ofrecer a la posteridad, salvo terror moral; además, de ser publicados significarían la ruina de la trayectoria profesional de muchos. ¿Qué sacaríamos de airear viejos recuerdos?»*

*Uno no cuestiona a un hombre de la autoridad de Winfield Scott Hancock. Doblé los papeles y volví a meterlos en mi maletín. Hancock se dio la vuelta para alcanzar una taza de té que humeaba en la habitación helada.*

«¿Y los soldados?», pregunté. «Todos ellos son veteranos.»  
Su respuesta fue inmediata: «Están muertos, señor», me dijo al tiempo que posaba el pie sobre el horno. «Y es mejor para ellos que así sea.» Entonces, con un hilo de voz, añadió: «Y también es mejor para nuestra conciencia.»  
Al cabo de una semana lo trasladaron a Pensilvania, donde lo enterraron. Había muerto por culpa de una vieja herida que nunca llegó a curarse.

ARCHIVO DEL CORONEL WILLIAM PITTENGER

El coche de incógnito estaba estacionado tras una hilera de árboles, a tan sólo cien metros del caserón que llevaba largo rato observando: un conjunto de tablones de madera carcomida por el tiempo, amontonados de cualquier modo, y un par de ventanas rotas. Tenía toda la pinta de ser un lugar abandonado, o incluso en ruinas; sin embargo, ella sabía que el aforo estaba completo con los quince miembros de la familia Godwin. No había ni uno de ellos que no tuviera antecedentes penales. Por lo que veía, dedujo que todos estarían durmiendo. A punto estuvo de levantarse de un salto del asiento cuando una ardilla gris trepó a toda velocidad por uno de los tubos de desagüe de la casa, pero logró contenerse y garabateó algunas anotaciones en su libreta de espiral. «29 Sept. 2004, sigo montando guardia frente a la residencia de los Godwin, cerca de Lairdsville, Pensilvania.» «Ha llegado el momento», pensó. Al fin había llegado el día del asalto. Alzó la mirada. El reloj del salpicadero marcaba las 5.47 horas; tomó nota de ello.

–He contado cinco vehículos en la parte delantera –dijo el cabo Painter–. No falta ninguno, lo que significa que toda la familia está ahí dentro. Podemos pillarlos a todos de una tacada.

Como agente subalterna de la investigación, a Caxton le habían encargado ir con uno de los agentes de más experiencia. Painter llevaba muchos años trabajando en el caso. Él tomó un sorbo de café con hielo y miró a través del parabrisas con los ojos entrecerrados.

–Es su primera experiencia en una auténtica misión policial, ¿verdad?

–Supongo que se podría decir así –respondió Caxton.

En una ocasión había trabajado en algo parecido a una investigación. Había tenido que luchar por su vida contra los vampiros, unos seres mucho más peligrosos que cualquiera de los tipos malos a los que Painter había estado siguiendo la pista durante toda su carrera. Su trabajo en el caso de los vampiros le había valido a Caxton un ascenso que, sin embargo, no constaba en su expediente. Había transcurrido casi un año desde que se había trasladado de la oficina de Control de Carreteras a la oficina de Investigaciones Criminales. Durante ese tiempo había tenido que asistir a interminables clases en la academia de Hershey, había aprobado exámenes, tanto escritos como orales, y superado las pruebas de polígrafo y de experiencia, sin olvidar los innumerables exámenes psicológicos, médicos y de forma física a los que se había tenido que someter, incluyendo un análisis de orina para comprobar que no tomaba drogas. Entonces, por fin, logró la autorización para trabajar en una auténtica investigación criminal. Fue entonces cuando llegó la parte más dura, el trabajo de verdad. Durante los últimos dos meses había estado haciendo turnos de doce horas en el coche, vigilando el caserón que creían que albergaba uno de los mayores laboratorios ilegales de metanfetaminas de todo el estado. Caxton aún no le había echado el guante a nadie, tampoco había confiscado ninguna prueba, ni había interrogado a ningún individuo de interés. Este asalto probaría definitivamente si estaba hecha para las investigaciones criminales o no. La agente quería que todo saliera perfecto.

–Voy a darle un consejo, entonces. No tiene que escribir la hora cada cinco minutos si no sucede nada –dijo el cabo con una sonrisa al tiempo que señalaba la libreta de Caxton con la taza de café.

Ella le devolvió la sonrisa y se guardó la libreta en el bolsillo.

Mantuvo la mirada fija en el caserón. Quería decir algo divertido, algo para que Painter pensara que ella era una más entre los chicos. Aunque, antes de que se le ocurriera nada, la radio del coche se encendió y se oyó la voz del capitán Horace, su superior:

–Llamando a todos los coches patrulla. Ya tenemos la orden de registro. Equipo de explosivos y bomberos a sus puestos. Todos los coches a punto. ¡Vamos a despertarlos!

Caxton notó cómo la adrenalina le corría por las venas. Había llegado la hora.

Painter giró la llave en el contacto y puso el coche en marcha. El vehículo avanzó lentamente hasta la carretera y luego aceleró hasta llegar a la amplia entrada sin pavimentar que había enfrente del caserón. Los neumáticos chirriaron. A su alrededor, otros coches, que habían permanecido camuflados hasta el momento preciso, llegaron desde el bosque y un grupo de policías con chalecos antibalas se desplegaron por toda la explanada de gravilla. Junto a Caxton, un par de agentes sacaron una herramienta para abrir puertas, un larguísimo tubo de PVC relleno de cemento que podría derribar incluso una puerta blindada de acero. Otro agente corrió hacia la puerta para avisar; antes de irrumpir en la vivienda amparándose en la orden de registro, estaban legalmente obligados a advertir a los inquilinos con un grito. Todos los policías llevaban chalecos y máscaras para protegerse. Caxton cogió su máscara antigás, que llevaba colgada en el cinturón, y se la colocó en la cara. En los laboratorios de metanfetaminas se producían sustancias químicas bastante tóxicas, entre ellas el fosfuro de hidrógeno, un gas que podía ser letal en cuestión de segundos. La máscara le dificultaba la visión, pero aun así Caxton corrió hacia delante, desenfundó el arma y la sostuvo junto a la cadera. El corazón le latía con fuerza. Todo sucedía muy de prisa.

–Equipo uno por la izquierda, equipo dos conmigo. ¡Vamos, vamos, vamos! –gritó el capitán Horace, que iba detrás de Cax-

ton-. Equipo tres, retroceded. -Ése era el suyo-. Equipo tres -insistió-, hacia atrás, hacia at... ¡agachaos!

En el segundo piso del caserón se había abierto una ventana. Un hombre con la cabeza rapada y la cara cubierta de llagas se asomó y empezó a disparar a los policías con un rifle de caza. «Mierda -pensó Caxton-, ¿no se suponía que estaban durmiendo?» La agente continuó corriendo para resguardarse en la parte delantera del caserón, un estrecho porche cubierto donde podría cobijarse.

-¡Usted! ¡Retroceda, retroceda! -gritó Horace.

Las balas impactaban en la gravilla y algunas alcanzaron el capó del coche de Caxton, que quedó como si alguien lo hubiera golpeado con un martillo.

-¡Caxton, retroceda!

En sus veintisiete años de vida nunca le habían disparado. Se le paralizó el cerebro y notó un fuerte dolor en los riñones, como si las glándulas suprarrenales vertieran fuego en sus venas. Intentó pensar en algo. Tenía que obedecer la orden. Quería girar sobre sus talones y correr hacia atrás, pero los coches estaban demasiado lejos. Caxton estaba ahí fuera, a la intemperie, y tan cerca del porche...

Sin previo aviso, una bala que cruzaba el aire a toda velocidad le impactó en el esternón y la hizo retroceder unos pasos.

Su visión se tiñó de rojo, y luego de negro, aunque tan sólo durante unos instantes. Parecía que sus pies eran incapaces de mantenerse adheridos a la gravilla y su cabeza chocó contra el suelo emitiendo un sonido discordante. No oía nada. Sintió como si todo su cuerpo fuera una campana y alguien acabara de golpearla.

Unas manos enguantadas la agarraron por los tobillos y la arrastraron hacia atrás, lejos del caserón; las piernas le rebotaban contra el suelo sin control. No sentía nada en el brazo izquierdo. Veía caras que se agachaban para observarla, caras camufladas bajo máscaras antigás y cascos. Entonces oyó un

murmullo que poco a poco logró identificar como una voz humana que le preguntaba si seguía viva.

–El chaleco –dijo Caxton–. Ha impactado en el chaleco.

Unas manos la agarraron por el pecho y Caxton notó cómo tiraban de algo hasta arrancarlo. Alguien logró desprender la bala, un pedazo de metal reluciente y deformado. Otro hombre forcejeó con su casco, pero Caxton le golpeó las manos para que se apartara.

–Estoy bien –gritaba una y otra vez.

Ahora podía oír algo mejor. Podía oír el rugido arrítmico de los rifles de caza y la respuesta constante de los disparos de las armas automáticas.

–Llévosla de aquí –chilló el capitán.

–¡No, estoy bien! –soltó Caxton a gritos.

Su cuerpo discrepaba. «No eres tan débil como crees», se dijo, repitiendo las mismas palabras que un antiguo compañero le había dedicado en una ocasión. No iban a dejar que se incorporase; aún la estaban arrastrando, ignorando por completo sus esfuerzos por soltarse.

–¿Qué coño ha pasado? –preguntó un agente con el hombro pegado al costado de un coche. Se asomó un poco, pero retrocedió de un brinco en cuanto unos disparos de rifle impactaron en la gravilla que tenía justo delante-. ¡Se suponía que tenían que estar durmiendo!

El capitán Horace se quitó la máscara antigás y miró hacia el caserón con el ceño fruncido.

–Supongo que se meten su propia bazofia. Los adictos a las metanfetaminas se levantan antes que la gente normal.

Unas manos se le acercaron y la ayudaron a incorporarse contra la puerta de un coche. La máscara le obstruía la vista. No podía respirar.

–¡Suéltame! –gritó-. ¡Aún puedo disparar!

–¡No se levante! –exclamó Horace mientras aguantaba a Caxton por los hombros con fuerza -. No tengo tiempo para



esto. Es una orden. Ya desobedeció la última, no puede hacerlo por segunda vez. Quédese aquí sentada y no vuelva a meterse en medio, joder.

Caxton quiso protestar, pero sabía que al capitán no le interesaría su opinión.

–Sí, señor –dijo.

El capitán asintió y se dirigió corriendo hacia la parte trasera de otro coche. Caxton se quitó la máscara antigás con gran dificultad y la dejó caer junto a ella, sobre la gravilla. Acto seguido se acomodó sin abandonar su posición.

Pasaron horas hasta que el tiroteo finalizó y se llevaron al último sospechoso. A continuación Caxton observó cómo el resto de agentes salían desfilando de la casa con las manos llenas de piezas del laboratorio ilegal envueltas en plástico y cubiertas de pegatinas de riesgo biológico. Las ambulancias se llevaron a los heridos y a alguien se le ocurrió avisar a un médico de emergencias para que le echara un vistazo al contusionado pecho de Caxton. El médico le quitó el chaleco, le desabrochó la camisa y la examinó. Finalmente le dio una bolsa de hielo y le dijo que estaba bien. Después de que el médico la dejara marcharse, el cabo Painter se acercó para ver cómo estaba.

–Se ha perdido toda la diversión –le dijo sonriendo.

El cabo Painter se agachó y le extendió una mano para ayudarla a levantarse. Al ponerse en pie le crujió la caja torácica, pero Caxton sabía que estaba bien.

–No ha salido exactamente como esperaba, ¿verdad? –preguntó el cabo.

Caxton negó con la cabeza.

–Me voy a casa –le comunicó. Se sacó la libreta del bolsillo de los pantalones y se la arrojó a Painter–. Aquí tiene, redacte usted el informe.

*Me han pedido que cuente mi historia. No quisiera tener que hacerlo, pero me lo ha exigido el Ministerio de Guerra y, además, aún ha de nacer el hombre que pueda llamarme HOLLGAZÁN, de modo que consignaré mi historia en estas páginas, lo que nos sucedió a mí y a los hombres que estaban a mi cargo, los horrores que mis ojos han visto y las tragedias que han sucedido. También confesaré nuestros pecados. Que así sea.*

*Permítanme empezar mi relato una vez finalizada la batalla de Chancellorsville, pues los acontecimientos anteriores no son de ninguna relevancia para la presente narración. Baste con decir que los miembros del 3.º batallón de voluntarios de la infantería de Maine fueron los últimos en huir de aquel infierno de fuego de cañones y muerte. Cuando al fin se nos comunicó la orden de retirada, nos marchamos a toda prisa, como está mandado. El 21 de junio de 1863, tras varias horas de marcha, acampamos en un lugar llamado Gum Spring, en Virginia. Sin embargo, antes de que pudiéramos descansar, el sargento llegó a nuestra posición procedente del frente con una vela en la mano y golpeó un pequeño tambor al tiempo que nos daba nuevas órdenes. Debíamos hacer de piquetes, tarea que a ningún soldado satisface. Cinco hombres y yo, que conformábamos un cuarto de los supervivientes de la compañía H, reanudamos la marcha hasta que nos hubimos alejado aproximadamente un kilómetro y medio del frente, donde debíamos buscar al enemigo*

*y, si se presentaba la ocasión, establecer contacto con él. A Hiram Morse, a quien he tachado de cuentista y de otras cosas peores, aquello le gustaba menos que a nadie. «Esto es trabajo de perros», refunfuñaba sin cesar. «¡Mandarnos al corazón de la zona confederada en plena noche! ¿Acaso quieren que perdamos la vida?»*

*Como buen cabo, tenía el deber de enfrentarme a él y acallararlo, pero gracias al bueno de Bill me aborré aquella tarea tan poco grata. «Tal vez te gustaría regresar al campamento y hacerle esta pregunta a nuestro coronel –susurró–. Estoy seguro de que estaría encantado de conocer tu opinión.»*

LA DECLARACIÓN DE ALVA GRIEST

A la mañana siguiente, Caxton pudo dormir hasta que la luz del sol inundó la habitación y le calentó la mejilla. Caxton se revolvió en la cama, pero el calor y la luz la perseguían. Cerró los párpados con fuerza y abrazó la almohada.

Algo suave y liviano le rozó la boca. Estuvo a punto de soltar un grito y se incorporó de un salto, con los ojos como platos.

–Es hora de levantarse, preciosa –dijo Clara. Sujetaba una rosa blanca en su diminuta mano; había estado recorriendo los labios de Laura con los delicados pétalos.

Caxton respiró hondo y se obligó a sonreír. Tras un momento de tensión, en el rostro de Clara se dibujó una sonrisa irónica. Ella ya se había duchado y el pelo húmedo separado en mechones le cubría la frente. Llevaba puesta la camisa de uniforme y poco más.

–¿Demasiado tarde? ¿Demasiado temprano? –preguntó Clara.

Le brillaban los ojos. Le ofreció la rosa y Laura la cogió, y a continuación cogió un vaso de zumo de naranja de la mesita de noche y también se lo tendió.

Caxton intentó calmarse, desembarazarse de la oscuridad de la noche. Había tenido pesadillas, como siempre. Con el tiempo había ido desarrollando trucos para olvidarlas en cuanto se despertaba. Clara, por su parte, había ido aprendiendo a ayudarla.

–Perfecto –respondió Caxton y vació medio vaso de zumo–. ¿Qué hora es?

–Son casi las ocho. Tengo que irme.

Clara era la fotógrafa de la oficina del sheriff del condado de Lancaster. Desde la casa que compartía con Laura cerca de Harrisburg tenía casi una hora de viaje hasta el trabajo. Caxton llevaba meses intentando convencer a Clara para que se incorporara al cuerpo de la policía estatal, pues de ese modo trabajarían en el mismo edificio, pero hasta entonces ésta se había resistido.

Caxton se bebió el zumo mientras Clara terminaba de vestirse.

–Yo también tendré que empezar a ponerme en marcha –dijo Laura.

Clara la besó en la mejilla.

–Llámame si quieres quedar para comer, ¿vale?

Y con eso se fue. Caxton entró en la cocina sigilosamente, sintió el frío helado del suelo bajo sus pies desnudos, y atisbó por la ventana cómo Clara se alejaba en su Crown Victoria de incógnito. Alargó el cuello, con las manos apoyadas sobre el fregadero, para verla un instante más. Al cabo de un momento, Clara se había marchado y Caxton estaba sola.

No empleó demasiado tiempo en arreglarse. Cada vez le gustaba menos su propia casa cuando no había nadie más. En aquel espacio habían sucedido cosas terribles y a Caxton no le habría extrañado que la casa estuviera encantada.

Deanna, su pareja anterior, había muerto allí. Y no había sido una muerte rápida, sino horrible. De hecho, la propia Caxton había participado en ella de forma sumamente desagradable. Había heredado la casa y el coche de Deanna, pero el legado de la difunta no terminaba allí. Cada noche la amenazaba con destruirla mentalmente. Cuando Clara se mudó a la casa, la redecoró de arriba abajo, pero las cortinas de terciopelo y las lámparas con forma de pimiento que colgaban del techo no lo solucionaban todo.

Caxton estuvo un buen rato en la ducha y eso le sentó de maravilla. Se peinó y se cepilló los dientes. Se lavó la cara con

una manopla húmeda y se puso desodorante. De vuelta al dormitorio, eligió unos pantalones de vestir oscuros, una camisa blanca y su mejor corbata. Era la vestimenta que se exigía en las investigaciones criminales y Caxton lograba que no le diera un aspecto demasiado masculino. Parecía un día frío, lo normal para la estación del año en que se encontraban, de modo que cogió un abrigo largo hasta la rodilla y salió corriendo al exterior para dar de comer a los perros.

Sus lebreles se excitaron al verla, como siempre, y empezaron a ladrar en cuanto Caxton abrió la reja de su caseta climatizada. *Fifi*, su nueva adquisición, le lamió la mano durante un buen rato antes de dejar que Caxton le cambiara el agua. La perra había sufrido abusos en su antigua casa y todavía no se fiaba de nadie, por más que le trajeran chucherías.

Los perros querían jugar, salir y correr, pero Caxton no tenía tiempo. Les puso comida y agua, abrazó un poco a los tres perros y luego se marchó. Ya en el caminito de entrada, abrió la puerta del Mazda y se metió en el interior.

Sacó la BlackBerry y consultó el correo. Después del tiroteo de la noche anterior estaba de baja médica, pero aun así tenía algo que hacer. Lo había estado posponiendo o, para ser sincera, lo había estado evitando con la esperanza de que con el tiempo desapareciera. No se trataba de algo precisamente agradable; sin embargo, era importante. Iría a visitar a un viejo tullido que le había salvado la vida en más de una ocasión.

Jameson Arkeley había sido su mentor, o por lo menos a ella le habría gustado que lo fuese. Caxton lo había ayudado en su cruzada para extinguir a los vampiros. Había trabajado junto a él, codo con codo, y en consecuencia le habían sucedido muchas cosas espantosas, horribles. Un año más tarde, empezaba a recuperarse de ello.

Arkeley había resultado gravemente herido, hasta el punto de que tuvo que retirarse de los U. S. Marshals en contra de su voluntad. Pasó varios meses en el hospital, donde se ocuparon

de su maltrecho cuerpo. Un día Caxton intentó visitarlo, pero le dijeron que él no quería recibirla. Le pareció violento, aunque no le sorprendió. Arkeley era un tipo duro que no perdía ni un segundo en ñoñerías. Desde entonces no había vuelto a verlo ni a oír de él. Y entonces, no sabía a santo de qué, Caxton recibió un correo de él donde le pedía que acudiera a visitarlo en un hotel de Hanover. El correo no contenía más información, tan sólo solicitaba su presencia.

Parecía la oportunidad perfecta. Cogió el coche y salió a la autopista, dirección sur, hacia la frontera con Maryland. Era un trayecto de hora y pico, pero se le hizo más largo. Cuando trabajaba en la unidad de autopistas no veía ningún problema en pasar ocho horas al día en el coche, recorriendo distancias infinitas por la red de autopistas de Pensilvania. Sin embargo, en el corto período de un año había perdido aquella costumbre y ahora un trayecto de una hora se le hacía eterno.

Ya en Hanover estacionó el vehículo en el aparcamiento de un Hampton Inn y se dirigió hacia el vestíbulo. Un recepcionista ataviado con una chaqueta azul le dedicó una amplia sonrisa desde detrás de un escritorio. Caxton se acercó a él y se apoyó en el mostrador.

–Hola –dijo–, soy...

–La agente Caxton; no hace falta que se presente –la interrumpió–. Soy un gran fan suyo.

Caxton sonrió y no pudo evitar soltar un discreto suspiro. Otro fan del telefilme. Todo el mundo parecía creer que ella, en persona, había participado en la producción, pero lo cierto era que no había visto ni un céntimo, y mucho menos había trabajado en el plató. A duras penas era capaz de ver la película, pues le traía demasiados recuerdos.

–El señor Arkeley la está esperando, por supuesto –le dijo el recepcionista–. ¿No le parece un tipo fantástico?

–¿Se refiere a Jameson Arkeley?

Le resultaba difícil creer que alguien calificara al viejo gru-

ñón cazador de vampiros de «fantástico». Simplemente no le pegaba. De todos modos, el recepcionista asintió.

–Es tal como lo pintan. Me acuerdo de que cuando vi la película pensé que era imposible que existiera alguien tan cabrón y estaba seguro de que habían exagerado su carácter, pero... en fin, qué le voy a contar a usted. Se aloja en la habitación 112. ¿Le importaría firmarme esto?

–En absoluto –dijo y bajó los ojos esperando encontrar un registro de visitas.

Sin embargo, el recepcionista le estaba tendiendo un DVD de *Colmillos: Las matanzas de vampiros de Pensilvania*. Bajo el título había una fotografía de la actriz que interpretaba el papel de Caxton. El parecido entre ambas era casi exacto, salvo que la mujer de la carátula tenía los ojos azules y los labios pintados de rojo brillante. Tenía un aspecto ridículo, ya que llevaba el uniforme de la policía estatal y disparaba con una pistola gigante a la altura de la cadera.

Caxton negó sutilmente con la cabeza, pero cogió el bolígrafo que el recepcionista le ofrecía y garabateó su nombre sobre la fotografía. En la parte inferior había otro nombre: era la firma de Arkeley, una «A» arrebatada seguida de una simple línea. Se preguntó cuántas veces habría tenido que pedirle un autógrafo a Arkeley antes de que éste accediera.

–Acaba de alegrarme el día –le dijo el recepcionista–. Si necesitan algo, servicio de habitaciones gratuito, televisión por cable, lo que sea, llamen a recepción y pregunten por Frank, ¿de acuerdo?

–De acuerdo –respondió Caxton y le devolvió el DVD.

Acto seguido se dio la vuelta y se dirigió hacia el corto pasillo que conducía a las habitaciones. La habitación 112 se encontraba casi al fondo, más allá de la lavandería. Llamó con suavidad a la puerta y dio un paso atrás, con las manos en los bolsillos. «Esperaría una hora –se dijo–. No más.»

La puerta se abrió y se encontró frente a Arkeley, que la



observaba. Caxton estuvo a punto de soltar un grito, aunque logró contenerse a tiempo. Arkeley había cambiado considerablemente desde la última vez que lo había visto. Por aquel entonces tenía sesenta y pocos años, pero ya aparentaba ochenta. Matar vampiros le había envejecido y le había dejado la cara tan llena de arrugas que daba la impresión de que los ojos se le perdían entre los pliegues.

Ahora también tenía muy mala cara. Los siervos no muertos del vampiro adolescente Kevin Scapegrace le habían dejado una marca, e incluso al cabo de un año las cicatrices le cubrían el perfil izquierdo de la cara casi por completo. Su párpado izquierdo caía inerte sobre el ojo y la mitad izquierda de su boca se había convertido en un amasijo de tejido en forma de jota. Se vislumbraba una franja de calvicie en la parte superior de su cabeza, donde una brecha rojiza le surcaba el cuero cabelludo.

Caxton miró al suelo para apartar los ojos de su cara, pero lo que vio fue casi peor. La mano izquierda del federal era un muñón de carne sin dedos. Al instante recordó que el propio Scapegrace se los había arrancado a mordiscos: le había hincado los dientes y se los había arrancado de cuajo. Caxton siempre se había imaginado que se los habrían vuelto a implantar, pero era evidente que se equivocaba.

No obstante, el peor cambio en su aspecto físico no era fruto de las heridas y las cicatrices, sino del tiempo y de la distancia que éste impone. Cada vez que Caxton pensaba en él, veía a un gigante. Había sido un hombre notablemente más alto que ella, con unos hombros mucho más anchos, o al menos así era como ella lo recordaba. El hombre que tenía en frente era un pobre anciano, un pobre anciano con heridas terribles que no habría podido enfrentarse a un delincuente adolescente, y menos aún vencer a un voraz vampiro. Parecía imposible que se tratara del mismo hombre al que había conocido. De pronto, Arkeley abrió la boca y le demostró que se equivocaba de nuevo.

–Ha tardado demasiado, agente –le dijo–. Ha tardado una eternidad en venir, joder. Puede que ya sea demasiado tarde.

–He estado ocupada –le espetó ella a modo de excusa–. Yo también me alegro de verle, Jameson –le dijo en tono más cordial, y lo siguió hacia el interior de la habitación.